



«Amor interrumpido» / «Amore interrotto»

Ulises Juárez Polanco (traducción de Eleonora Sabatini)

La noche que las conocí se jugaba la final del Campeonato Mundial de béisbol, un juego memorable en que intercambiábamos ceros con Cuba y el Estadio Nacional parecía derrumbarse por tantos fanáticos poseídos.

Yo había bajado a los baños en el noveno inning, apresurado por no perderme el turno al bate de Cheslor Cuthbert, el niño-promesa que jugaba con los Reales de Kansas City y que durante el campeonato había bateado casi perfecto para agenciarse la Triple Corona con apenas veinte años. *Este maje la va a reventar*, dijo Uriel, y sentenció, *aquí anotamos la del gane*, seguro que rompíamos ese embrujo a cero. Pero el ser humano tiene que hacer lo que el ser humano tiene que hacer. Cuando la vejiga empezó a reclamarme groseramente, salí disparado en busca del urinario. Llegué e hice lo mío con una rapidez jamás vista, y mientras me subía el zíper escuché como retumbaba la estructura de cemento cuando los parlantes anunciaban que el Costeño Maravilla se cuadraba frente al espigado Norge Luis Vera.

Lo que vino a continuación debe ser propio de un sketch de Luis Enrique Calderón o Eugenio Derbéz, porque siempre pasa algo catastrófico cuando uno tiene prisa. Antes de salir del baño tropecé, rodé sobre el piso como acróbata circense y terminé con la cabeza completa de cara al pasillo, lo que me confirmaba que aquello que dicen sobre la salubridad de los baños públicos era cierto y me hacía creer que mi mala suerte no podía empeorar. Hasta que escuché el grito de *se va, se va, se va, se va, y se fueeeeeeee la pelota*. Jonrón de Cheslor Cuthbert y yo lampaceando con mi cuerpo el baño del estadio.

Pero fue entonces que un destello de luz apareció al final del túnel. Mejor dicho dos destellos de luces. Desde el nivel del piso conocí cómo fueron las apariciones sobrenaturales, porque ahí tenía todo lo necesario: el momento preciso, el resplandor inexplicable, el aura de paz, la belleza total. Mientras ellas cruzaban frente a mí sin siquiera dignarse a verme en su desfile coqueto, yo me enamoré de ambas en ese primer encuentro. Supe entonces que conquistarlas no sería fácil, teniendo el reto de también enamorar a su guardiana, Anasha Allen, sin dudas la mujer más fea de todo el Caribe y sus alrededores.

¿Pero cómo vivir mi historia de amor obviando que Anasha Allen, fealdad aparte, tenía las nalgas más extraordinarias que hombre o mujer hubiese encontrado en esta o cualquier otra vida, y que justamente yo me había enamorado de ellas dos? El destino es así, cruel y tosco, quizás más irónico, porque esta mujer que me recordaba tan fielmente a los versos de Oliverio Girondo, que citan a *una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias*, esta misma mujer, tenía, como he dicho y con el perdón de las damas aquí presentes, las nalgas más exquisitas, de tamaño trasatlántico y elevadas como si una percha

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

invisible las mantuviera apuntando a las alturas. No era preciso más para que yo estuviera rendido a sus pies. Bueno, también estaba rendido a sus pies por mi accidente en el baño, caí en la cuenta, y si algo bueno habría de sacar de este incidente tendría que aprovechar ese segundo exacto en que ellas dos pasaban frente a mí.

Partido en dos, una mitad planeaba cómo presentarme a esa mujer-espanto sin que mis dos amores se pusieran celosas, y la otra mitad me fantaseaba en Corn Island tomando el sol feliz, ellas bailando palo de mayo y yo cantándoles feliz como lombriz *mis guasiruquitas, lindas palomitas, vénganse mamas que las voy a acurrucar*. Así pues, sin terminar de incorporarme, con todo mi peso sobre una rodilla, yo un Romeo fatalmente enamorado, estiré mis brazos agarrando una pierna de Anasha Allen y, frunciendo mi frente ante aquella imprudencia mía, a ojos cerrados, mis labios inquietos se clavaron en uno de mis destinos que la vida me había trazado: el glúteo izquierdo caribeño, caoba achocolatada, que resaltaba sobre la licra blanca. Ese instante fue el mejor de toda mi vida, si fuera más extrovertido les diría que el éxtasis fue tal que olvidé hasta donde estaba. También ayudó a esto último Anasha y su bolso, que inhumanamente me enviaron a la inconsciencia más desoladora.

Pobre de mí.

Cuando desperté, Uriel y alguien que no reconocí me llevaban cargando hacia la salida del estadio. El desborde por la victoria pinolera era tal que Uriel gritaba sonoro hasta ponerse rojo, lástima que yo sólo escuchaba un perpetuo pitido en el oído donde el bolso de Anasha destruyó mi felicidad.

En el parqueo una gran muchedumbre sacaba en hombros a Cheslor Cuthbert, el héroe del partido. Para un fanático del beisbol como yo, ganarle a Cuba fue el gustazo que hubiera barrido con todos los pedazos de mi corazón roto. Pero vino el trancazo y fue peor. Cheslor Cuthbert se acercaba a Anasha Allen, tomaba sus manos y luego la besaba apasionadamente en la boca mientras sus dedos bajaban impertinentes a saludar a mis dos amores.

¡Hijas de su Pink Floyd!

Mi cólera y despecho fueron tales que deseé que la fealdad de Anasha Allen también descendiera a sus nalgas, que aquellas dos ingratas que me habían roto mi ser se llenaran de granos y celulitis y que poco a poco la gravedad fuera siniestra y las acercara, a ambas, a setenta y ocho centímetros del suelo, como insinuaba el mismo Oliverio.

Pero con ese verso, y ahí mismo, reconocí mi problema: díganme aquí los caballeros presentes, después de conocer dos nalgas etéreas como las de Anasha Allen, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos cualquier par terrestre?

La notte in cui le ho conosciute si giocava la finale del Campionato Mondiale di Baseball, una partita memorabile nella quale ci stavamo mantenendo sullo zero a zero con Cuba e lo Stadio Nazionale sembrava crollare per la quantità di tifosi forsennati.

Io ero sceso ai bagni al nono inning, frettoloso per non perdermi il turno alla battuta di Cheslor Cuthbert, il bambino-promessa che giocava nei Kansas City Royals e che durante il campionato aveva battuto in modo quasi perfetto, per aggiudicarsi la Tripla Corona ad appena vent'anni.

Questo stupido manderà tutto all'aria, disse Uriel, e sentenziò *qui segniamo il punto della vincente*, sicuro che avremmo rotto quell'incantesimo a zero.

Però l'essere umano deve fare quello che l'essere umano deve fare. Quando la vescica cominciò a reclamarmi con una certa volgare urgenza, uscii sparato in cerca di un orinatoio. Lo trovai e feci quello che dovevo fare con una velocità mai vista, e mentre mi richiudevo la zip sentivo come rimbombava la struttura di cemento quando gli altoparlanti annunciavano che "Costeño Maravilla" si metteva in posizione di sfida davanti al gigante Norge Luis Vera.

Ciò che successe dopo sembra uno sketch di Luis Enrique Calderón o Eugenio Derbez, perché succede sempre qualcosa di catastrofico quando uno insegue la felicità. Prima di uscire dal bagno inciampai, rotolai sul pavimento come un acrobata circense e finii con tutta la faccia sul corridoio, cosa che mi confermava che quello che dicono sulla salubrità dei bagni pubblici era vero e mi faceva credere che la mia cattiva sorte non poteva peggiorare. Fino a quando ascoltai il grido di *se ne va, se ne va, se ne va, se ne va, e se n'è andataaaaaa la palla*. Jonrón di Cheslor Cuthbert mentre io mi trovavo a pulire col mio corpo il bagno dello stadio.

In quel momento uno spiraglio di luce apparve alla fine del tunnel. A dirla meglio due spiragli di luce. Dalla mia posizione sul pavimento fui in grado di comprendere come furono le apparizioni soprannaturali, perché davanti a me avevo tutto il necessario: il momento preciso, lo splendore inspiegabile, un'atmosfera di pace, la bellezza assoluta. Mentre loro mi passavano davanti senza nemmeno degnarsi di vedermi nel loro gioco di seduzione crudele, mi innamorai di entrambe in quel primo incontro. Seppi allora che conquistarle non sarebbe stato facile, considerando la sfida di far innamorare anche la loro guardiana. Anasha Allen, senza dubbio la donna più brutta di tutti i Caraibi e dintorni.

Come vivere la mia storia d'amore avviando al fatto che Anasha Allen, bruttezza a parte, aveva le natiche più straordinarie che uomo o donna avessero incontrato in questa o altra vita, e che io giustamente mi ero innamorato di loro due? Il destino è così, feroce e sfacciato, forse anche ironico, perché questa donna che mi ricordava così fedelmente dei versi di Oliverio Girondo, che citano *un naso che vincerebbe il primo premio in una esposizione di carote*, questa stessa donna, aveva, come ho detto e con il perdono delle dame qui presenti, le natiche più squisite e transatlantiche, sollevate come se una gruccia invisibile le mantenesse puntando al cielo, fino al Paradiso, da dove certamente provenivano. Non era necessario null'altro per far sì che io mi prostassi ai suoi piedi. A dire il vero, mi resi conto che ero prostrato ai suoi piedi anche per il mio incidente nel bagno, e che se volevo ricavare qualcosa di buono da questo incidente dovevo approfittare di quel secondo esatto nel quale entrambe passavano di fronte a me.

Del tutto indeciso, una metà di me stesso pianificava come presentarmi a quella donna-obbrobrio senza che i miei due amori si ingelosissero, e l'altra metà fantasticava su di me immaginandomi a Corn Island prendendo felicemente il sole, loro ballando una musica latina e io felice a cantar loro *lombriz mi quasiriquitas, lindas palomitas, vénganse mamas que las voy a acurrucar* ().

Così, senza nemmeno essermi del tutto rialzato, con tutto il peso su un ginocchio, io un Romeo inevitabilmente innamorato, tesi le braccia afferrando una gamba di Anasha Allen e, corrugando la fronte di fronte a quella mia imprudenza, a occhi chiusi, le mie labbra inquiete si appiccicarono a una delle destinazioni che la vita mi aveva descritto: il gluteo sinistro caraibico, mogano color cioccolato, che risaltava sulla lycra bianca. Quell'istante fu il migliore di tutta la mia vita, se fossi più estroverso vi direi che l'estasi fu tale che dimenticai persino dov'ero. A quest'ultimo contribuirono anche Anasha e la sua borsa, che in modo inumano mi mandarono nello stato di incoscienza più desolante.

Povero me.

Quando mi svegliai, Uriel e qualcuno che non riconobbi mi portavano in spalla verso

l'uscita dello stadio. Il caos entusiasta per la vittoria nicaraguense era tale che Uriel gridava fino a diventare rosso, peccato che io sentissi solo un ronzio perpetuo nell'orecchio, dove la borsa di Anasha aveva distrutto la mia felicità.

Nel parcheggio una gran folla portava in trionfo Cheslor Cuthbert, l'eroe della partita. Per un appassionato del baseball come me, battere Cuba era il piacere che avrebbe potuto spazzar via i resti del mio cuore infranto. Però arrivò la batosta e fu ben peggiore. Cheslor Cuthbert si avvicinava a Anasha Allen, le prendeva le mani e senza far caso alla bruttezza del suo viso la baciava appassionatamente sulla bocca, mentre le sue dita scendevano impertinenti a salutare i miei due amori.

Figlie dei suoi Pink Floyd!

La mia collera e il mio risentimento furono tali che desiderai che la bruttezza di Anasha Allen scendesse anche alle sue natiche, che quelle due ingrato che aveva spezzato la mia anima si riempissero di brufoli e cellulite, e che poco a poco la gravità le divenisse nemica e le avvicinasse, entrambe, a settantotto centimetri da terra, come insinuava lo stesso Oliverio. Però con quel verso, e in quel momento, riconobbi di avere un problema: mi dicano ora i gentiluomini presenti, dopo aver conosciuto due natiche eteree come quelle di Anasha Allen, se può rappresentare una qualche forma di seduzione un altro paio di natiche terrestri?

Ulises Juárez Polanco. Managua, Nicaragua, 1984-2017. Autor de cuatro libros de cuentos, el más reciente *La felicidad nos dejó cicatrices (España y Centroamérica: Valparaíso ediciones, 2014)*. La Feria Internacional del Libro de Guadalajara lo nombró en 2011 como uno de Los 25 secretos mejor guardados de América Latina, un proyecto para «dibujar una ruta de las letras que se gestan a lo largo y ancho del continente, 25 voces y lenguajes para descifrar, hoy, América Latina». Entre otras recopilaciones, es uno de sólo dos autores incluidos en ambos volúmenes de la Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana, que reúne «a los escritores de ficción más prometedores menores de 27 años», editada por Unión Latina. Cuentos suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán y portugués, y aparecen en antologías y revistas de los continentes americano y europeo.